

La contemplación y la naturaleza

Es esencial educar en la belleza partiendo de la contemplación y del asombro, tarea nada fácil en el mundo actual, señala la autora. Parece como si el misterio de la Trinidad hubiese ideado la naturaleza para que pueda ser reconocida. Así, la vida de cada persona se convierte en un estupor permanente.

—TEXTO **María Ángeles Martín Rodríguez-Ovelleiro**

Dra. Ciencias Biológicas, Cátedra *Laudato si'*, Colegio Mayor Roncalli

El coro del Salmo 8 empieza y termina con la misma expresión: “Señor, dueño nuestro, qué admirable es tu nombre en toda la tierra”. El salmista reza al Dios cercano a causa de la belleza y los prodigios de la naturaleza, que han sido hechos con finura de artesano puesto que son “obras de tus dedos”. Todo el universo se confronta: Dios, el hombre y el cosmos; y surge el estupor, la conmoción. “¿Qué es el hombre?”. Esta pregunta que parte del asombro afirma el deseo, y hace surgir la certeza de que toda la realidad es un regalo exclusivo para el hombre, de un Padre que cuida y que se hace presente en su vida.

“¿Qué es el hombre?”. Ante la inmensidad de lo creado y la pequeñez de la criatura, al hombre que se le ha concedido el poder de reconocer la gran sorpresa: a pesar de su pequeñez de criatura, Dios le ha hecho “poco inferior a los ángeles”. El asombro se convierte en una invitación nueva cuando “contemplo el cielo” de la misma manera que lo hacíamos originalmente cuando teníamos la “boca de los niños de pecho”.

Este Salmo nos recuerda el hecho primordial de descubrir a uno mismo y a su Creador. Al igual que relata el cardenal Newman en la *Apología pro vita sua*, el hecho de descubrir “luminosamente evidentes, yo mismo y mi Creador”, para él, como para nosotros, es el faro que sostiene el periplo vital. En el reconocimiento de nuestra identidad y de nuestro Hacedor, misteriosamente Dios ha

querido que todo lo creado juegue su papel. Y la naturaleza como Creación se convierte en un escenario a descubrir y fundamental para esta tarea.

Sin embargo, la naturaleza está herida junto a nosotros. La encíclica *Laudato si'* nos recuerda, señalando el capítulo del Génesis, que cuando el hombre rompe con Dios, la consecuencia de su pecado afecta a la vez y unitariamente a la relación con Dios, con el hermano y con la creación. Salimos del Paraíso, y la naturaleza está herida al igual que nosotros, y nuestra identidad, confusa, y nuestras relaciones, trastocadas.

Tres dimensiones

Estas relaciones son la tarea de nuestra existencia. El problema ambiental, como tantos otros en la vida, puede tener muchos factores y explicaciones; pero, ciertamente, uno de ellos deriva de que se nos olvida que estas tres dimensiones van de la mano: nuestra posición con la naturaleza, con Dios y con nuestros hermanos. Y además, parece que ser expulsado del paraíso es una anécdota o recurso literario del Génesis y que no tiene relación con descubrir nuestra identidad; la

del Creador y con el saber relacionarse con el hombre y la creación. De ahí que también en la encíclica se refiera a la actitud de contemplación que sucede en el Salmo 8, y tantos otros, como punto de partida.

“Si nos acercamos a la naturaleza y al ambiente sin esta apertura al estupor y a la maravilla, si ya no hablamos el lenguaje de la fraternidad y de la belleza en nuestra relación con el mundo, nuestras actitudes serán las del dominador, del consumidor o del mero explotador de recursos, incapaz de poner un límite a sus intereses inmediatos [...]. El mundo es algo más que un problema a resolver; es un misterio gozoso que contemplamos con jubilosa alabanza” (Ps. 8, 11).

Desiertos ecológicos y desiertos interiores

La Tradición cristiana invita a ser contemplativo. Un contemplativo de la Palabra y de la acción de Dios en nuestros hermanos y en la creación, que no trabaja en un campo extraño a él, pues el sentido innato del asombro le hace abrirse a un mundo que sabe que es inteligible. La razón y la libertad se descubren en que esta luz del conocimiento es el camino

PASA A PÁGINA 18 →



Si la naturaleza no provoca ninguna respuesta, es porque no se mira o no se sabe mirar.

“El mundo es un cosmos, no un caos. Hasta en su más íntima estructura la naturaleza es algo ordenado. Esta admiración de su orden ha sido la puerta para el conocimiento científico”.

→ VIENE DE PÁGINA 17

de invitación a un diálogo permanente sobre Quien “está a la puerta llamando”, valiéndose de la belleza de la naturaleza.

En el mundo moderno, quizás debido a la Ilustración, el acto y el significado de la contemplación han degenerado. Contemplar se ha tornado en un acto romántico sin relación con la razón, y actualmente en una pérdida de tiempo en el mundo de la eficacia. De ahí que la encíclica señale también el drama actual.

“La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podemos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa o del culto a la apariencia?” (225). La consecuencia es que “si los desiertos ecológicos se multiplican en el mundo es porque se han extendido los desiertos interiores” (217). De ahí que la invitación de la encíclica vuelva a recordarnos la importancia de la contemplación de la naturaleza.

La belleza en el mundo

“El Señor invita a otros a estar atentos a la belleza que hay en el mundo porque Él mismo estaba en contacto permanente con la naturaleza y le prestaba una atención llena de cariño y asombro” (Ps 8, 97). ¿De dónde surge el asombro? El propio ser de la naturaleza llama la atención.

El mundo es un cosmos, no un caos, hasta en su más íntima estructura la naturaleza es algo ordenado (belleza de los fractales, número pi, constante de Planck...). Esta admiración de su orden ha sido la puerta para el conocimiento científico. Además, sucede con frecuencia algo fascinante cuando estamos mirando algo de nuestro alrededor y de repente una imagen nos salta a la vista y nos quedamos prendados de ella: experimentamos una emoción fuerte, que se sobrepone al interés que se haya podido tener tendiendo a suspender la acción. El pensamiento se queda absorbido y reconoce, como sin darse



Responder a la belleza implica preguntarse quién soy yo y quién me hace.

cuenta, que se enfrenta a la belleza, ya que, como decía Tomas de Aquino, la belleza se encuentra en todas las cosas existentes.

La belleza es como una “fuerza” que entra en el mundo sin pedir permiso, envolviendo la realidad con una aureola en la que sabes que esa belleza es siempre un valor positivo, que transmite una sensación de la presencia de algo bueno. La persona que se encuentra con la belleza se despierta, y es invitada a salir de su mundo individual y a entrar en relación con esa potencia que te llama.

La palabra belleza tiene en griego la misma raíz que “llamar”; es decir, se refiere a otro o llama a la relación con otro. Sin embargo, a pesar de que permanezca siempre esta invitación, la persona es libre de aceptarla y responder o no a esa belleza

Responder a la belleza implica preguntarse quién soy yo y quién me hace. De ahí que sea esencial educar en la belleza partiendo de la contemplación y del asombro. Esta tarea no

es nada fácil en el mundo actual. Primero hay poca atención a la belleza cotidiana de la naturaleza: una puesta de sol, unas nubes cambiantes en el cielo, un gorrión. Tampoco hay un contacto con la naturaleza por la tendencia a estar viviendo en el mundo virtual o, lo que es peor, el de los descartados en países en desarrollo o el de los barrios muy marginales en ciudades desarrolladas, donde la acumulación de residuos o el grado de degradación ambiental es tan alta que no hay belleza. Por una causa u otra, la dificultad primera es que la naturaleza no provoca ninguna respuesta porque no se mira, o no se sabe mirar, o bien no existe esa naturaleza a la que mirar.

Miedo a la realidad y reto cultural

Una segunda dificultad es, lo que podríamos llamar el miedo a la realidad. Indudablemente hay fenómenos que nos trastocan existencialmente a todos. Y como decía anteriormente, la invitación a la libertad ante

“La admiración por la existencia es la condición para el encuentro con las cosas, y abre de par en par la puerta del conocimiento. De ahí la fascinación y el asombro de la inteligencia que despierta en nosotros lo creado”.

la belleza requiere una explicación a esa interpelación.

Recuerdo una experiencia que ilustra la idea. Una tarde me encontraba acompañada de una persona mayor, que acababa de enviudar, a la orilla de un pantano. Ante una puesta de sol maravillosa, mi acompañante me pidió irnos del sitio puesto que no podía soportar ver tanta belleza. Ese escenario le provocaba ansiedad, el miedo a sus circunstancias le impedía la contemplación.

Hay un mensaje muy actual hoy día en el que se pone en duda la belleza, y más si ésta es ilusoria, para que no despierte la nostalgia de lo inefable, lo que promueve la voluntad de posesión. En la sociedad, en los anuncios por ejemplo, lo vemos muy notoriamente pero incluso en los discursos de la ecología. El objetivo de preservar la belleza en la conservación ambiental corre peligro, puesto que requiere argumentación sólo desde una reflexión científica. El problema es que, al no ser objeto del método científico, la belleza “se debe explicar” como un producto de la sociobiología por la evolución darwinista. Este mal uso del método científico genera una nueva ideología.

Esta es la línea de fondo del pensamiento de Wendell Berry en su libro titulado *Life is a miracle o un ensayo para la moderna superstición*, en el que denuncia la visión reduccionista y cientifista en el pensamiento ambiental. En este alegato contra el vacío de significado en la lucha por la protección del medio ambiente, Berry afirma que “*tratar la vida como algo menos que un milagro es darse por vencido*”.

El ecólogo, como cualquier persona, no puede acallar o negar el hecho de que la belleza interpela, ni logra explicar enteramente por qué no puede. Es un misterio. Misterio que interpela a la razón para un conocimiento cierto que no tiene fin. Esta admiración por la existencia es la condición para el encuentro con las cosas y abre de par en par la puerta del

conocimiento. De ahí la fascinación y el asombro de la inteligencia que hay en lo creado.

Ciertamente es un reto cultural hablar de belleza y medio ambiente, y me atrevo a decir que necesitamos un acercamiento nuevo. Esta inquietud fue la misma de una gran científica y luchadora por la defensa del medio ambiente como fue Rachel Carson. Conocida por su libro *La primavera silenciosa* que alertaba del impacto del DDT para la salud y el medio ambiente, Carson es considerada como la madre de la denuncia ambiental y la que generó el impulso de los movimientos ecologistas en los años 60.

Asombro y marca trinitaria

Rachel Carson tuvo una ilusión, que no vio cumplida por su muerte prematura: ampliar en un libro un artículo que publicó, titulado *Ayuda a tu hijo a asombrarse*. El artículo se publicó en un libro póstumo titulado *The sense of wonder*. Estudiantes y amantes de la naturaleza desconocen desgraciadamente este libro, cuyo mensaje es nuclear.

Ante la evidencia de una degradación ambiental peligrosa de los años 60, Rachel Carson veía claro que si no se vinculaba el instinto innato del asombro de todo hombre con la conservación de la naturaleza, la lucha por su defensa no tendría un recorrido muy largo.

La realidad se va entendiendo poco a poco si somos conscientes de que los conocimientos son conectados. Nadie, ni los científicos de cualquier materia, pueden presumir de estar aislados por fuerzas culturales o históricas; no hay un ojo completamente inmune y aislado. Cualquier estudioso debe reconocer tanto el límite de la visión como de los misterios a desentrañar. De ahí la gran labor pedagógica de la encíclica, que hace un recorrido por las disciplinas de la ecología, sociología, política, filosofía, ética y teología para abordar el misterio de la relación de hombre con la naturaleza y la relación de Dios con la naturaleza y el hombre.

En el punto 238 de la encíclica se nos presenta la hipótesis explicativa unitaria sobre la realidad: “*Toda la realidad contiene en su seno una marca propiamente trinitaria*”. La naturaleza es la marca trinitaria y sacramental. Como si el misterio de la Trinidad hubiese ideado la naturaleza para que pueda ser reconocida. La vida de cada persona se convierte en este estupor permanente, porque Dios nos hace la invitación a participar en esta comunidad de amor para entrar en diálogo con las tres personas de la Trinidad. Contemplando y participando de esta comunidad la vida se torna en un dulce asombro permanente.

Balthasar explica que “*la contemplación cristiana se fundamenta en el dogma trinitario*” [...] *El contemplativo no está solo. Es miembro de una comunidad construida por la escucha de la Palabra y garantizada por el Hijo de que oye realmente la Palabra*”. La contemplación de la naturaleza se convierte en una actitud natural, necesaria, innata y racional del hombre, pues la naturaleza es signo de amor de Dios, del Padre mendigo del amor del hijo.

Paul Claudel comprendió muy bien la importancia de esta revelación de sí mismo que Dios inscribió en nuestra naturaleza para hablarnos de Él y de nuestro destino en su designio generoso: “*El tilo ante la casa de mi padre, como un gran predicador vestido con un roquete blanco en el claro de luna, me lo explicó todo*”.

“*Contempladlo y quedaréis radiantes*” (Ps. 33). ■